

## **Compartiendo el presente y el futuro de la misión y la vida Entre laicos y religiosos en una Iglesia de comunión**

P. José María Arnaiz, sm

### **I. No es una cuestión de terminología sino de vida**

La misión de la Iglesia es compartida; también la vida consagrada y laical. De hecho todo nos afecta y nos conmueve. Somos todos necesarios y hermanos. Todo en la viña del Señor es complementario. Pero esta complementariedad hay que conseguir que acontezca la comunión y se convierta en comunión. El momento es apasionante y difícil, nuevo y creativo. Mucha vida está en juego.

Para dar el paso de la vida y misión compartida y realizar este recorrido no hay velocidad uniforme ni un manual que precise el camino a seguir en la vida y misión compartida. Si hay velocidad sugerida; la lentitud o el stop no son recomendables; y desde luego para nada conviene la marcha atrás. De todas formas para entrar en el corazón de esta propuesta hay que convertir la comunión *en un don y en una tarea*. Cada comunidad laical o religiosa y cada Movimiento laical y Congregación religiosa está marcando su ritmo; de su realidad concreta. Hay que dejar atrás el concepto de laicos que trabajaban para los religiosos y crear un marco nuevo en el que unos y otros pongan al servicio común los dones recibidos desde su realidad y vocación específica y compartir vida y misión.

### **II. De cara al presente. Lo que toca hacer en este momento**

Si se mira a los Fundadores se advierte que en los comienzos también fue así. Más aún, la intención de varios de ellos fue fundar asociaciones de laicos al servicio del evangelio; pero Roma cuando recibió los respectivos estatutos decidió que fueran congregaciones religiosas. Este nuevo intento de comunión intensa en el que estamos implicados religiosos-laicos *no fue o es fruto de la escasez de vocaciones religiosas o de un despertar del laicado en la Iglesia*. Esta propuesta no nace del temor y del miedo y de la incertidumbre sobre el futuro de las obras apostólicas de las Congregaciones religiosas. El planteamiento del relanzamiento de esta propuesta ha de ser tan positiva como lo fueron los hombres y mujeres que fundaron los Institutos religiosos en momentos históricos concretos. Ellos y ellas lo hicieron en un contexto de comunión eclesial y por fidelidad a ese contexto renunciaron a veces a caminar en una determinada dirección. Esta luz y esta fuerza de los orígenes nacen de la comunión eclesial, carismática y misionera. No nace de un pensamiento utilitario; ni tampoco de un querer volcar en los religiosos la responsabilidad de su posible extinción y todo ello con un fuerte tinte fatalista.

Para que el término "Vida y misión compartida" no corra el mismo riesgo que otros muchos como "nueva evangelización" y que tanto repetirlo como comodín se vacíe de contenido *hay que llenarlo de evangelio, es decir de comunión*. Se precisa dar pasos concretos y bien pensados y llevados a cabo y abrirse a caminos y formas nuevas de vivir los carismas de nuestros Fundadores. Formas que de una u otra manera son una llamada a la comunión de comunidades y a nuevos modos de vivir nuestra misión.

Este movimiento "Juntos somos más y mejores" todavía está en el momento de la toma de conciencia; *del alumbramiento de iniciativas, propuestas y experiencias*. En algunos grupos y lugares está pasando *a ser una estrategia*. Estamos urgidos de hacer el camino conjuntamente religiosos y laicos y unidos andar las etapas diferentes. No hay ninguna duda que vivimos un tiempo de profundización, de compartir experiencias y de echar realmente a andar y de hacerlo con paso bastante más acelerado de lo que lo hemos hecho hasta el presente.

- No hay duda, tampoco, que hay que dejar dar profundidad a esta inquietud. Por supuesto que no se trata de un solución de urgencia o de emergencia sino de una convicción de fondo. La de la fuerza unificadora y vivificadora de la comunión. *A su vez es una inquietud espiritual y en espiritualidad hay que convertirla.* Marcará la formación de religiosos y laicos. Por supuesto que hay que llegar a lo concreto y proceso pero sin olvidar lo grande y movilizador. En el fondo tenemos que recordar que no es nada nuevo y el esfuerzo tiene que ser grande para que se asuma con naturalidad y en las realidades y contextos más diversos.
- No hay duda, además, que durante mucho tiempo se ha dado una auténtica separación entre religiosos y laicos. Y el buen religioso era tal cuanto más se “distanciaba” de los laicos. Ahora vemos que hay que liberarse de eso y hacer comunión. *Ahora esta integración es un gran bien y para ello hay que hacer un proceso. El que lleva al a comunión.* Este paso y este proceso es un bien pero también puede tener su parte de conflicto. Como en cualquier caminar se intercalarán los tiempos de avance con los de retroceso; esas dificultades pueden venir tanto de los religiosos y religiosas como de los laicos y laicas.
- No hay duda que este momento histórico y eclesial favorece la vivencia de la misión compartida; que el único proceso que tiene sentido es el que nos une a religiosos y laicos y es el que nos lleva a una nueva alternativa, *que toda esta historia está cruzada de un impulso del Espíritu* que en el fondo nace en el Concilio Vaticano II, se refuerza en la Asamblea General del Episcopado de Puebla y es un espíritu de comunión que se ha convertido en propuesta y compromiso en algunos capítulos generales de las congregaciones y asambleas de los movimientos laicales. Es una gracia de nuestro tiempo y una esperanza para el futuro.

Hay dos textos que nos hacen muy bien evocarlos en relación con esta toma de conciencia por parte del laicado y la de la vida consagrada: “No pocos institutos han llegado a la convicción de que su *carisma puede ser compartido con los laicos*. Estos son invitados, por tanto, a participar de manera más intensa en la espiritualidad y en la misión del instituto mismo” (VC 54). El papa Francisco en su carta con motivo del año de la Vida Consagrada invita también a los laicos “precisamente en su condición laical, a *participar en el mismo espíritu carismático...* para responder a las llamadas del Espíritu en la sociedad actual”.

Estamos en torno a una mesa redonda y de cuatro patas que son: laicos y religiosos y vida y misión compartida y en medio hay un punto de referencia o *tabla redonda que lo junta todo y que es la comunión*. Desde esos diferentes ángulos se busca la comunión eclesial, la carismática y la misionera. Unidos somos más y más fuertes. La comunión junta, multiplica fuerzas, testimonia sinergia.

En todo este proceso orientado por *la puesta en práctica de la comunión están implicados religiosos y laicos*. Entre los primeros no falta la apertura, disposición, apoyo; se están dando pasos importantes. También les hay recelosos de este camino, dudosos, con resistencias. Entre los segundos se descubre mucha ilusión y ganas pero a veces dudas debidas a la falta de una formación espiritual y de una ejercicio de la profesión y de la misión integradas; para seguir poniendo ganas a la misión y a la vida compartida se necesita el estímulo mutuo: laicos y religiosos; la “competencia” a todos los niveles da calidad al servicio: profesional y carismático. Asumir responsabilidad y compromiso es un buen paso; por supuesto, no todos los laicos están preparados y se precisa ajustar las capacidades y dones recibidos con las necesidades y tareas a realizar y todo ello en función de un proyecto común. El paso importante llega cuando se tienen que asumir responsabilidades; la misión compartida cuando implica el ámbito profesional y de gobierno se transforma en un gran desafío; no faltan los laicos que

prefieren seguir con poca identidad y protagonismo y continuar siendo cómodamente “mandados por los religiosos”.

Se precisa cultivar más la confianza y la comunión. Hay que librarse “de” los miedos, de la incertidumbre y la pasividad. *Este es un paso importante; en el fondo se da “por” la gracia de Dios, por la comunión profunda en un carisma que no es otra cosa que una gracia del Espíritu a la Iglesia “para” el mundo, para hacer crecer la comunión.* La misión y vida compartida llega cuando asumimos los retos que la Iglesia y la sociedad nos proponen trabajando juntos en el proyecto común del Reino y aportando cada uno en función de las capacidades y dones recibidos del Espíritu. Sólo “con” los otros se llega a la comunión. Para concretar los desafíos de la colaboración e integración tenemos que entrar en la escuela del ser y del hacer “con” y sacarse buena nota. Lo necesitamos para afrontar temas delicados como el económico, el estilo de vida, la capacidad y duración en los puestos de gestión y la iniciación y formación integral en la vida en el Espíritu. Las personas que saben vivir “con” aciertan a dar estos pasos y lo hacen con confianza, respeto y conocimiento de los hechos y las personas. Para que esto se dé hay que compartir la visión determinada y los medios y formas de encarnar la misión. No podemos olvidar *que nos encontramos ante algo nuevo.* Tenemos delante de nosotros desafíos nuevos que nos llevan a respuestas transformadoras e innovadoras. Nos llevan a que el laico en muchos aspectos proceda “como” el religioso y el religioso como el laico. Pero este “como” se queda en la unión sin confusión; mejor aún, explica y justifica la necesaria complementariedad y no pide ni homologación ni uniformidad.

### III. Pasos a dar

Detrás de estas grandes propuestas clarificadas por las diversas proposiciones está el gran principio de *que no hay misión compartida sin vida compartida*; hay que seguir avanzando en la comunión bajo la iluminación del Espíritu. Lo igual y lo diferente se junta y se potencia y solo así se llega a la comunión plena. Esta no está hecha de la uniformidad sino de la diversidad. *“Siendo muchos, somos un solo cuerpo en Cristo”* (Rom. 12, 3-5). Ese es nuestro reto y nuestra meta. Estas son las etapas a recorrer. No conviene saltarse ninguna:

#### 1. Yo me libero “de”

¡De la separación y alejamiento entre laicos y religiosos, líbranos Señor! Son bastantes los carismas que se viven en el marco de una triple vocación: la general de todo bautizado como cristiano; la específica que vivimos todos los que hemos hecho votos o compromisos tanto religiosos como asociados; la de la adscripción al carisma de los que trabajan con los religiosos y se arman con el espíritu del carisma del Fundador. No hay duda que se puede dar una doble pertenencia y *un mismo proyecto*. Los grados de intensidad en la vivencia de los carismas pueden ser diversos. Pero debemos librarnos de vivirlos aislados, de la separación.

En el fondo no hay duda que todo carisma de por sí pide comunión; nos lanza, desnudos de egoísmos, a una presencia activa, a la comunitariedad y al compromiso. No dudamos que la auténtica comunidad nos abre y se convierte en un espiral que nos libera de la auto-referencialidad.

Estamos ante el hecho verdadero de una real liberación que nos trae el Señor y nos pide el momento eclesial y de vida religiosa y cristiana que vivimos. Esta propuesta es una verdadera liberación lo es de algo que no es bueno; de las distancias y separaciones innecesarias entre laicos y religiosos.

- Vivir y trabajar sin laicos

A los laicos les corresponde un aporte insustituible en la pastoral, la espiritualidad y la convivencia. La integración laica y religiosa es un verdadero salto de madurez. La corresponsabilidad en la misión es mucho más y por supuesto más exigente que llevar la gestión y la ejecución. Un religioso que vive el carisma del Fundador sin compartirlo con los laicos queda privado de mucho; se queda a medio camino. Para un religioso es una suerte y un regalo trabajar con laicos y de ellos recibir consejo, orientación, apoyo y ayuda.

En un tiempo el laico iba a escuchar al religioso y sobre todo al sacerdote y ahora va a compartir. Se ha decretado el fin de la supremacía de los religiosos frente a los laicos; de esa realidad es bueno liberarse y cuanto antes.

- Vivir y trabajar sin religiosos

Es muy limitante. Ellos, los religiosos, aportan una confianza razonada, conscientes de que el otro es tan débil y humano como él y de lo urgente que resulta juntar fuerzas y hacer sinergia. El religioso ha buscado en un tiempo a los laicos para una mera colaboración y destacado mucho sus limitaciones. El laico en determinados contextos se ha alejado de los religiosos ya que ellos, de hecho, estaban muy lejos o alejados de los laicos. De hecho, de ellos tomaban distancia y se perdían mucho mutuamente. No hay duda que los religiosos están capacitados para hacer un aporte muy significativo a una familia carismática. Los laicos necesitan la presencia, la acción y la originalidad de los religiosos.

Este reencuentro laicos religiosos es paso previo e indispensable para dar rienda suelta a una verdadera creatividad que es lo único que hace posible la comunión.

## **2. “Por” la gracia de Dios**

Por la gracia de Dios se impulsa a grupos de creyentes a una presencia y acción significativa y servicial y a una comunión fecunda; a un enriquecimiento múltiple y complementario.

- Eso es una vocación

Vida y misión compartida inspirados en un carisma es una gracia de Dios. Solo se comprende y testimonia por la gracia de Dios y sólo por la gracia de Dios hacemos esta opción y la vivimos en el día a día. Gracia que debemos pedir y son muchos los que la piden con intensidad. El carisma es gracia y por esa gracia se convierte en vocación, misión, visión, espiritualidad, forma de animación. Antes la vocación era sola de los religiosos como si solo ellos fueran llamados. Vocación en una familia carismática tenemos todos, laicos y religiosos y cada uno está llamado a hacer esa realidad común carismática según su respectiva forma de vida.

- Eso es un carisma

Hay que saber pasearle por los pasillos de un colegio; tenemos que hacerle logo, celebración; debemos formularlo y expresarlo y todo esto tiene que ser laico y religioso; no tiene que identificarse con un hábito o forma de vestir; sí con una opción por un modo de ser. Necesita interioridad y pasión; precisa ir al evangelio y encarnarse en determinadas palabras o hechos de Jesús y hacer de ello la versión común, jesuita, marianista, carmelita o marianita y también la diversa versión laical y religiosa; la masculina y también la femenina. El

carisma es don del Espíritu es comunión y comunidad; pero también tenemos que saber que se encarna en diversas condiciones humanas y religiosas.

- Eso es una visión

Desde el carisma se consigue un proyecto de vida, una gran visión que nos da meta y propuesta, alternativa y sueño. Visión que nos atrae y nos interpela. El carisma nos estimula y nos deja esperanzados y en camino para que algo pase, algo suceda. Hace mucho bien tener una movilizadora y estimulante visión del carisma marianista. Lleva a “verlo” hecho vida, hecho carne. Todo ello ocurre por la gracia de Dios y para nada es una invención y menos fruto de una imaginación calenturienta.

- Eso es una vida

Un carisma es vida y vida que nace, crece, se multiplica. Tiene que haber tiempos de compartirlo, de celebrarlo, de agradecerlo; la vida pide momentos de encuentro, de oración y de formación. Nadie tiene que pasar desapercibido. La vida se nota. Lo que es vital echa raíces, crece, florece, da fruto. En nuestro caso esa vida es oración, formación, celebración, animación, lenguaje, comunicación. Esa vida es lo primero y es fuente de actividades, repetimos una vez más que no habrá misión compartida sin vida compartida.

- Eso es una misión

Es una fuerza transformadora que tiene su origen en la Iglesia y se transforma en presencia, anuncio y en obras concretas. Esas obras encarnan un carisma. En ellas se ve realizado. Ellas piden un estilo y forma de misión y también un proyecto misionero que puede ser el de toda una familia espiritual, elaborado y llevado adelante por laicos y religiosos. En él hay objetivos, actividades, modo original de evangelizar

### 3. “Con” otros

Misión y vida compartida *no es una sustitución de los religiosos por los laicos*; ni es una mera cooperación. Es algo “con”; es con-partida. Creo que ha llegado el momento de superar la expresión “es la hora de los laicos” por la otra más acertada es la “hora de todos” sin descartar a nadie e integrando a laicos y religiosos. Para nada es el momento de la exclusividad carismática de los religiosos y el que sean indispensables para la misión. La responsabilidad en las obras de los laicos no puede convertir a los laicos en simples gestores ni a los religiosos en auténticos desaparecidos. Hay que potenciar a todos con la misión y la vida compartida; sin vocación para vivir un carisma la misión se convierte en una mera colaboración; con carisma en una verdadera corresponsabilidad carismática. Hay que apuntar a juntar fuerzas vivas que actúen concertada y participativamente

Ese “con” nos habla de integración, compañía, sinergia y familia. En realidad todos somos varias cosas y las somos unos “con” otros. Ese con otros lleva a experimentar la riqueza de la convivencia, apertura, acogida y diálogo fraterno.

*Así llegamos a una fuerza conjunta; una vez más, juntos somos más. Juntamos:*

- El ser cristianos: con un común bautismo y evangelio
- El ser laicos: con una común conducción cristiana marcada por la presencia y acción en la vida pública vivida en el seno de una familia y con una consagración en un proyecto de vida de fe intensa.

- El ser religiosos: con una común consagración religiosa marcada por la intensidad, la radicalidad y el sentido profético.
- El ser marianistas: con un común carisma, y una espiritualidad, una misión y una forma de vida.

Así asumimos una perspectiva nueva que nace de la aceptación cordial de las diferentes dimensiones de nuestra identidad que se va haciendo realidad progresivamente. Identidad que para nada es relativa por el hecho de asumir elementos diversos.

No buscamos la uniformidad que, como ya hemos indicado, anula la comunión ya que ésta se realiza desde la diversidad. La comunión supone un acertar a vivir “con” los otros y mezclar nuestra condición de cristianos con la de religiosos y la de religiosos con laicos.

Así se llega a la unión sin confusión. Ya que cada uno hace su aporte. Todos seguimos a Jesús y desde nuestra condición y cada uno aporta “con” su originalidad. El carisma es la fuente para la misión y la forma de vida y para nuestra forma de trabajar bien unidos y por supuesto, sin confundirse.

#### **4. “Para” hacer realidad la participación y la comunión**

Estas dos palabras cobraron mucha fuerza en la Iglesia Latinoamericana en Puebla. La comunión en este caso es un espíritu, unas estructuras, unas actividades. Va unida a personas de comunión; personas que la llevan en su corazón, que son agentes de comunión y crean comunión donde van. Para ellas y para toda la comunión es meta, es tarea, es camino y modo de proceder, es fuerza y sinergia para transformar.

- Esa es la meta

Por supuesto que es una comunión carismática y misionera. Es una meta que concentra y reúne. Pone la comunión misionera como el horizonte de estas nuevas estructuras, formas de vida y proyectos evangelizadores. Esas estructuras son de comunidad para vivir en comunidad se reciben los carismas y estos se consolidan y afirman en comunidad. Más aún, muchos de ellos se orientan a multiplicar comunidades, la misión compartida es “para” crear comunidades.

- Ese es el camino

Nos toca hacer el camino de la comunión. Dar los pasos de la comunión nos supone alejarnos de la división, el individualismo, la separación, el aislamiento. Poner los pies en la comunión es sentirse hermanos. Es conseguir que María haga despertar “los sentimientos filiales y fraternos” que a veces duermen en nosotros. El camino para hacerse familia, hijos y hermanos es el mejor para llegar a la comunión. Tiene etapas que deben ser recorridas y bastantes de ellas son largas. La comunión es gracia pero también es tarea.

- Esa es la fuerza

La comunión es gracia, es fuerza, es esfuerzo, intento y conviene que se convierta en pasión. Son maravillosos los hombres y mujeres que en nuestra Iglesia y en nuestra sociedad luchan y trabajan por la comunión. La comunión es una fuerza y deja con una fuerza grande para llevar a cabo la misión de la familia carismática.

- Esa es la etapa nueva

La que más necesitamos. A veces las personas ni se dan cuenta de sus auténticas necesidades. Les falta abrir los ojos. Cuando eso hagan, ahora tomarán conciencia que la humanidad, la iglesia y las familias carismáticas están urgidas de comunión o más aún, se darán cuenta que servir al Reino es construir comunidades fraternas, significativas y convocantes. En esas comunidades es muy importante el encuentro, la comunicación y la amistad. Así tiene que ser ya que en ellas nos vinculamos en comunidades de hermanos. No hay ninguna duda que la comunión auténtica trae novedad.

- Lleva a ser familia, familia carismática.

Es la meta que se han dado bastantes grupos de religiosos y laicos asociados por el mismo carisma. Constituir una familia carismática. La palabra familia no se queda en mera imagen; se hace realidad. En ese fruto tiene que haber sangre común, “padres” e “hijos” y desde luego “hermanos”. Hay vínculos entre los que integran la familia. Se cultivan los lazos familiares.

Como toda familia, también la que nace de la comunión carismática, tiene historia; un pasado que hay que agradecer; un presente que debe dejar marcado por la pasión de vivir el carisma y un futuro lleno de esperanza. En el origen de esa familia hay que poner a Jesús de Nazaret y también al Fundador o Fundadora. Importante para la historia de esa familia es el modo como ha ido respondiendo a los desafíos que la historia y la realidad socio cultural y política en la que ha estado implicada. Un carisma solo se vive en comunidad y una comunidad solo se afirma bien por un carisma. Ser familia es muy carismático y por supuesto muy fecundo.

Estas familias carismáticas hay que visibilizarlas; su misión compartida tiene que ser constatable. No les pueden faltar las instancias de encuentro, de decisión y de propuesta. En familia, también, se crece en solidaridad en aquellos lugares y situaciones donde la presencia estructural y tradicional necesita ser más visible y significativa.

## **5. El laico “como” el religioso y el religioso “como” el laico**

Las dos son formas de vida cristiana que se estimulan y complementan y enriquecen. De ellas hay que destacar, identificar e interrelacionar:

- Lo que tienen en común y reforzarlo

Para ello tienen que cultivarlo. *Es importante saber ponerlo nombre. Hay religiosos y laicos que se confunden al señalar lo que unos y otros tienen en común.* Sin embargo, es de ahí de dónde y cómo nace la auténtica comunión. Se precisa poner nombre a lo que es común y ayudarse mutuamente a desarrollarlo y hacerlo crecer. Por supuesto al juntarlo no solo se suma; en realidad se multiplica.

- Lo que tienen de distinto y complementarlo

Hacer igual lo diferente no trae ninguna ventaja. En concreto, es distinto vivir un carisma como laico que como religioso. Por lo mismo, hay una vocación laical y una vocación religiosa dentro de la familia marianista, franciscana o sagrados corazones. Llegar a esta confusión, la de identificar ambas opciones, es terminar con todo trabajo vocacional y en las dos direcciones: la laical y la religiosa.

Quien en una familia carismática entra recibe nombre y apellido; recibe identidad y en le inician y se inicia uno en esa tarea, en ella se comparte y se reparte. Se llega a ser parte de una gran familia. Ello hace que lo propia de sus integrantes, su mejor aporte sea algo diferente de un trabajo. En una familia no puede faltar una serie de



elementos compartidos que son los que hace realidad la familia y lo que permite que haya esposos y padres, hijos y hermanos. En ella todos están animados por las mismas aspiraciones y para hacerlas realidad trabajan.

Por supuesto en una familia es indispensable *la unión que lleva a la comunión*. En ella no puede faltar un padre o madre de familia como hemos indicado; en el fondo no puede faltar un auténtico núcleo del que parte la vida y que se transforma en el corazón de ese conjunto de personas.

No puede faltar, tampoco, *un eje básico, un hilo conductor* de vida. En nuestro caso es el carisma. Por él y con él nace y se desarrolla todo. Por lo mismo, cuando en un grupo laical o religioso no se da la clara identidad carismática no hay futuro de nada. Le falta el alma.

La familia no la hace y se hace por un contrato y sí por una profesión de fe y una consagración; por un credo y una confesión de amor y de esperanza y por un mismo sueño. Una familia espiritual y carismática pide mucho; personas carismáticas como miembros de la misma; ellas contagiarán con verdadera pasión lo que son y pueden ser.

#### **IV. De cara al futuro.**

Hay que llegar a las estructuras de comunión. La familia carismática las puede y las debe sugerir y en ella nos podemos inspirar para lograrlas. Esas estructuras de vida y misión para que afirmen y multipliquen la comunión tienen que ser comunidad. *La comunión que se genera en una familia carismática se puede alimentar con la comunión eclesial*. Esa realidad marca e inspira toda comunión propia de los integrantes a diferentes niveles de la Iglesia. Más aún, estas familias deben y pueden fomentar la comunión eclesial de la cual ellas también reciben inspiración y con la cual se ven favorecidas. Todos los integrantes de una Familia Carismática pertenecen a la Iglesia universal, se encarnan en la Iglesia local y viven una específica comunión al interior de la respectiva Familia Espiritual.

Por supuesto, en esto como en otras muchas cosas la frase del Papa Juan Pablo II es acertada: *Chi vivirá, vendrá. El que vivirá, lo verá*. Pero hay que atreverse a emprender proyectos transformadores y que harán real la comunión. Por supuesto que quien cierra los ojos no va a ver nada. Para conseguir esta meta no pueden faltar grandes impulsores y animadores de este gran proyecto. Para ello tenemos, por supuesto, el ejemplo y el impulso de Jesús. El Reino que él vino a establecer en la tierra lo es de verdad, liberas, paz y comunión. Por fidelidad a ese Reino nacen en la Iglesia las familias carismáticas.

Jesús no quiso llevar a término su misión de forma individualista y solitaria. Tuvo amigos y compañeros de camino que estuvieron con él y se hicieron o los hizo corresponsables con su misión o de su misión. Sus discípulos fueron manos prolongadas y portavoces de ese proyecto. *El discípulo iniciado en el camino del seguimiento de Jesús sabe que la verdad de su amor por el Señor se demuestra en la medida en que se entrega a favor de los demás, como lo hizo el maestro. El servicio crea la comunión. El gran protagonista de la comunión no se separa ni se desentiende de sus hermanos. Desde la parábola de la comunión que intenta vivir sabe actuar siempre de manera solidaria con todo los que se encuentran en el camino, a la manera del samaritano y compartir con ellos misión y vida. Todo ello nace y se afirma desde una profunda comunión.*

No hay duda que es mejor una vida y una misión compartida. Con ellas y desde ellas llegamos al corazón del evangelio y de la misión de la Iglesia: la comunión. Una comunión que nace del amor primero y que nos permite ampliar la tienda del carisma y ser más y ser mejores.